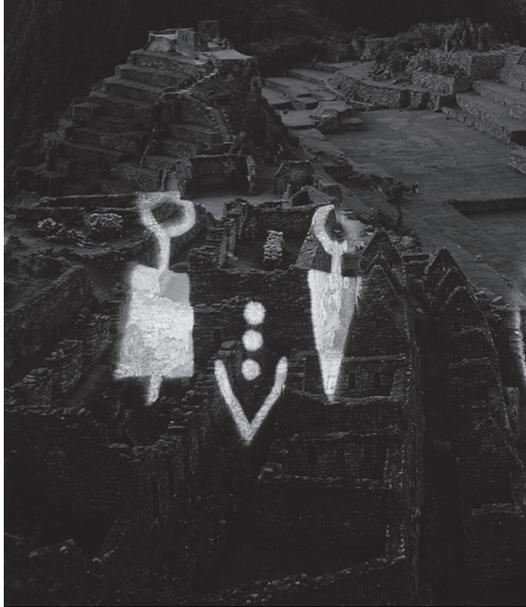


Entrevista a Moisés Wasserman Lerner

Entrevista concedida al Comunicador Social-Periodista y Magíster en Comunicaciones Henry Horacio Chaves Parra, jefe de la Unidad de Medios de Comunicación (Unimedios), de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, para la Revista de Extensión Cultural de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, el 16 de agosto de 2019

Moisés Wasserman Lerner (Colombia, 1946-v.)

Químico, Doctor en Bioquímica de la Universidad Hebrea de Jerusalén, Israel, Posdoctorado en la Universidad del Estado de Nueva York, Estados Unidos. Profesor titular de la Universidad Nacional de Colombia. Rector de la misma institución 2006-2012. Fue director del Instituto Nacional de Salud y presidente de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido acreedor de varios premios y reconocimientos. Autor de numerosos artículos, varios libros y capítulos. Ponente y conferencista internacional.



Aunque ha recibido muchos reconocimientos por su labor como científico, entre ellos el Premio Nacional de Ciencias Alejandro Ángel Escobar, el Premio Nacional al Mérito Científico en la categoría de Investigador de Excelencia y la Medalla al Mérito de la Universidad Nacional de Colombia, el Doctor en Bioquímica y exrector de la Universidad Nacional de Colombia, Moisés Wasserman Lerner, no habla con la contundencia de quien sabe mucho, sino con la prudencia de quien entiende que el conocimiento siempre está en entredicho.

Son reconocidas sus investigaciones sobre parásitos de enfermedades tropicales, en particular sobre la Giardia lamblia, que origina problemas intestinales y de nutrición en distintos animales y en el ser humano. Sin embargo, quisimos abordarlo inicialmente sobre su relación con la ciencia; por eso le preguntamos: ¿Cuál de sus investigaciones le ha generado mayor satisfacción?

Creo que la que más me generó satisfacción es una línea de investigación que fue la primera que empecé en Colombia y que tiene que ver con las señales moleculares en el proceso de infección de la malaria; en ella invertí muchos años, pasaron muchísimos estudiantes, hicieron sus tesis de pregrado, de maestría, de doctorado inclusive. La mayoría de las publicaciones que tengo son de esa línea y es la que más satisfacción me ha dado y la que tal vez hace un mejor aporte.

Si bien el propósito de la ciencia es mejorar la calidad de vida, a veces parece que la investigación es un asunto cerrado, algo que ocurre en los laboratorios de las universidades, pero que tiene poco que ver con la vida cotidiana. ¿Cómo hacer para acortar el camino, o es una percepción?

Es que la vida cotidiana es más compleja de lo que la gente piensa. Yo trabajaba en un programa de salud muy real, no desde el punto de vista del enfermo, pero sí desde el del agente causante de la enfermedad, entonces en mi opinión era una investigación real, de carácter básico. El laboratorio se llamó “Laboratorio de investigaciones básicas en bioquímica”, dirigido al conocimiento, pero un conocimiento enmarcado en un problema real, en un problema de salud real.

Alguna vez, hace bastantes años, algún rector de una universidad me pidió que hiciera una revisión de los distintos proyectos de las áreas de las ciencias biológicas, para ver qué tan realistas eran, y la verdad es que no encontré ninguno que no tuviera una justificación fuerte sobre el posible impacto que podría tener en la gente, en el medio ambiente o en algo real; por eso digo que la realidad es de pronto más compleja de lo que uno se imagina; y los investigadores tienen mucha responsabilidad, son gente responsable y usualmente relacionan lo que están haciendo con problemas de la vida.

Claro, los problemas que estudian tienen que ver con asuntos reales, pero mucha gente no lo ve así. El problema podría ser también de transferencia, de la manera de comunicar la ciencia. A veces uno piensa que los poetas les escriben a los poetas y los científicos les hablan a los científicos.

Es posible. No sé si en poesía, pero en ciencia hay un problema; digamos que es lo opuesto a la poesía. En la poesía el idioma tiende a ser simbólico, metafórico; y que cada cual interprete lo que quiere interpretar. Esa es su riqueza. En ciencia es exactamente lo contrario. En ciencia el idioma tiende a ser altamente restrictivo para evitar ambigüedades; el idioma científico en esencia es

eso, transmitir un conocimiento sin ambigüedades para evitar equívocos. El idioma ha venido evolucionando, y particularmente el idioma científico ha alcanzado un grado de formalización extraordinario, a tal punto que no son científicos contra poetas; es que los químicos no entienden a los físicos y los biólogos no entienden a los químicos porque los idiomas realmente se han especializado y se han formalizado extraordinariamente. Cuando se habla de la ciencia, no para popularizar y para difundir, si no en las publicaciones reales de frontera, los idiomas pueden parecer muy oscuros.

Para eso existe otra dimensión, y es cómo comunicarle a la gente las cosas en un idioma comprensible. Se puede reconocer que no hemos sido demasiado exitosos en eso, pero realmente este es uno de los retos importantes: cómo hacer que la gente entienda qué es lo que se está haciendo, qué importancia tiene y qué sentido tiene.

Nacido en Bogotá, en el seno de una familia hebrea emigrada de una región entre países que hoy pertenece a Ucrania, usted es uno de los integrantes de la segunda Comisión de Sabios del país y coordina una de las mesas de trabajo, la relacionada con ciencias básicas y del espacio. No es la primera vez que el país intenta ese camino. En el año 1993 hubo una experiencia similar, y algunos de los que participaron en la primera Comisión de Sabios han dicho, con un poco de desazón, sí, hicimos el trabajo, hicimos las recomendaciones, pero se quedaron ahí, en la recomendación”. ¿Qué hacer para que esa experiencia no se repita, por lo menos desde ese punto de vista?

Pues, no hay seguros, y la verdad es que nosotros tendemos a una cultura más de discurso que de acción; ¿no? Y dicha característica no es solamente nuestra, pero es un mal muy nuestro. En la Misión somos muy conscientes de eso y nos hemos preocupado. Casi todos tenemos la edad suficiente para haber vivido lo que pasó hace veinticinco años, entonces somos muy conscientes de esa situación, pero no nos impide hacer recomendaciones. Porque si a uno le preguntan y uno

no contesta pues entonces luego no tiene derecho a protestar por nada más. De modo que nosotros vamos a hacer recomendaciones.

Ahora, una de las cosas que estamos reflexionando y considerando mucho es cómo hacer para que esas recomendaciones tengan una fuerza un poco mayor que las de entonces; una permanencia mayor, que sean de más largo término. Uno de nuestros grandes problemas es el cortoplacismo. Es cierto que a este gobierno le faltan tres años, mientras que en la época de Gaviria lo entregaron apenas unos días antes de que terminara su gobierno; pero tres años también es muy poco tiempo. Entonces, nosotros estamos viendo cómo logramos que el gobierno se comprometa con el establecimiento de algunas cosas, tal vez por ley o por una normatividad que asegure una permanencia en el tiempo un poco más larga; pero realmente creo que en esto, como en muchas otras cosas, si la gente lo exige se va a hacer. Esperamos y quisiéramos llegarle a la gente y que la gente realmente exija la continuidad de estos esfuerzos.

Pero eso implicaría moverse tal vez un poco en el asunto. La gente tendría que sentirse interesada por los temas, atraída por la ciencia, por la investigación, incluso por figuras como las que están representadas allí en la Misión. Usted es miembro de número de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, y fue su presidente entre 2002 y 2006. Desde ahí, desde la academia, desde estas instancias en las que usted ha participado, ¿cómo hacer para que los muchachos vean que ese es un mundo posible, cercano y real?

Este es un problema relacionado con lo que hablábamos antes, de la capacidad de transmitir y de hacer una difusión científica. En la Misión, en muy diversas formas, nos hemos comunicado con la gente, desde encuestas que han sido bastante amplias hasta foros que se han realizado prácticamente en todos los lugares del país.

Pensamos que hemos llegado a mucha gente, claro que mucha gente de todas formas no es toda la ciudadanía.

Hasta el momento, no hemos difundido lo que se está haciendo, sobre todo porque hemos estado en una etapa de diagnósticos iniciales; no tan iniciales, es decir, no estamos partiendo de cero, estamos partiendo de diagnósticos ya hechos, pero de todas formas es una especie de definición de los retos más importantes y de las barreras que nos impiden hacer las cosas.

Ahora nos vamos a concentrar en propuestas, y espero que tengamos la posibilidad de hacerlas conocer a muchísima gente, que tengan más difusión. Creo que hay posibilidad de encontrar el secreto para que los políticos se comprometan fuertemente. No obstante, son recomendaciones y uno no puede obligarlos a asumirlas todas, pero por lo menos que entiendan que hay algunas que son muy importantes, con las cuales se deben comprometer y sacarlas adelante.

Se necesita cierta sensibilidad por parte de los funcionarios. A propósito, usted ha sido funcionario, entre 1995 y 1998 fue director del Instituto Nacional de Salud. ¿Qué le quedó de ese paso por la gestión pública y cuál fue el gran aporte fundamental?

Pues, la verdad, yo nunca me he sentido muy funcionario. Cuando fui director del Instituto Nacional de Salud, que es un instituto descentralizado adscrito al Ministerio de Salud, me sentía y vivía en una colectividad de investigadores. Mi tarea allá, después de un par de direcciones dramáticas, precisamente porque venía de un campo muy ajeno a la ciencia, fue consolidar los procesos de generación de conocimiento y de ciencia; entonces no me sentía tan funcionario, siempre fui y siempre me sentí como si organizara una comunidad de científicos para generar conocimiento, y creo que así lo viví los tres años que fui director del Instituto.

Estuve muy pocos días con el ministro Augusto Galán, uno de los hermanos de Luis Carlos Galán, pero me tocó casi todo el tiempo con la ministra María Cecilia Forero, y debo decir que ella respetaba muchísimo el Instituto y jamás interfirió con su acción, que fue bastante autónoma, pues nosotros incluso creamos un co-

mité científico de alto nivel y funcionamos bien en esa forma.

¿Y recuerda algún tipo de aporte a la investigación, en su paso por el Instituto, que haya marcado un hito?

Pues lo que sucedió durante esa época fue primero un realce muy importante de la generación de conocimiento para la toma de decisiones. Entonces, por un lado teníamos un conocimiento que era básico, y había grupos básicos muy buenos y que trabajaban en problemas bastante fundamentales en salud; uno de ellos estaba dirigido a ciertas enfermedades críticas, por ejemplo: programas de tuberculosis muy importantes y de otras microbacterias, programas de parasitología, control de parásitos y una dimensión muy epidemiológica y de control general y seguimiento de enfermedades. Quien estaba a la cabeza de eso muchas veces no lo llamaba vigilancia epidemiológica, sino inteligencia epidemiológica; es decir, la capacidad para predecir cosas que podrían pasar y así evitar que pasaran.

Muchas veces la gente no entiende que esa es una de las formas como se espera el éxito. Una de las dificultades para medir el impacto de la ciencia consiste en que no siempre cuando se tiene éxito pasan cosas nuevas, y eso es difícil de medir, y allá pasó eso: se evitaron epidemias. Fue en la época del cólera, que azotó terriblemente a Perú y Ecuador y a nosotros no; en gran medida porque existía el potencial en el Instituto para diagnosticarlo muy rápidamente y enfrentarlo.

Es un instituto de visión muy amplia, entonces no me refiero a cosas muy específicas, pero tuvo un impacto muy fuerte en general; en salud, en conocimiento de la salud, y además tenía una presencia muy importante en la comunidad latinoamericana de investigación en salud.

Debo suponer que si en el Instituto Nacional de Salud no se sentía funcionario, en la rectoría de la Universidad Nacional de Colombia, que ejerció entre 2006 y 2012, tampoco.

Tampoco, muchos me dicen que me nombraron del

gobierno y no sé qué. No, en la Universidad Nacional de Colombia nombra un Consejo Superior; el Consejo Superior que me nombró a mí era sumamente independiente, realmente lo era. Muchas veces dicen que el Consejo está manejado por el presidente, y no es cierto; es decir, entre los consejeros había un historiador muy reconocido que todas las semanas tenía una columna en la cual escribía en contra del presidente, y era el representante del presidente en el Consejo.

Era un Consejo con el que siempre me sentí cómodo, apretado porque lo aprietan a uno, pero cómodo en el sentido en que no tenía unas imposiciones sino una discusión muy abierta. En la Universidad me sentí siempre dirigiendo una comunidad universitaria y no un organismo gubernamental.

¿Y fortaleció usted, en su paso por la rectoría, el proceso misional, particularmente la investigación?

Quiero pensar que sí. Tomamos algunas decisiones absolutamente arriesgadas en financiamiento de la investigación, asignación fija del 25% del presupuesto de inversión, más el 25% de las matrículas de posgrado, más el 8% de los proyectos de extensión, que era una asignación fuerte. Varios vicerrectores de investigación organizaron agendas muy serias que tomaban en cuenta tanto las necesidades nacionales como las regionales, porque eran diferentes, en diferentes regiones según las potencialidades de la Universidad. Sí, quiero creer que la Universidad realmente tuvo un impulso en su proyecto de investigación.

Acaba de mencionar a un consejero, el columnista. Usted, teniendo toda la posibilidad de publicar en cualquier escenario científico, mantiene todavía la costumbre de escribir en los periódicos y de expresar su opinión. ¿Cómo es ese trance del hombre científico-científico al hombre de opinión?

En inglés usan la palabra *opinionated* para la persona que le gusta dar su opinión. Yo fui científico, pero siempre miré para los lados. Fui científico de laboratorio en el laboratorio y en ciencias básicas, pero nunca dejé de

leer novelas, ni ensayos, ni mirar otras cosas; de modo que lo consideré siempre parte de la existencia. No me parecía extraño opinar sobre otros temas. Desde antes de ser rector había enviado, ocasionalmente, algunos textos a la prensa, la mayoría de las veces relacionados con asuntos científicos, pero que tenían alguna implicación más allá del asunto científico.

Recuerdo, por ejemplo, uno sobre los *buckminster fuller*, que son unas estructuras químicas especiales; lo interesante del tema es que su estructura la definió un arquitecto, y fue realmente un trabajo extraordinario, transdisciplinario, entre químico y arquitecto. El químico ganó el Nobel, y el arquitecto, que era muy conocido, le dio el nombre a una molécula de carbono (fulereno) —el nombre del arquitecto era Richard Buckminster Fuller—. Otro artículo, por ejemplo, era sobre unos topos desnudos, una colonia de mamíferos que se parecen a las colonias de las hormigas y de los que me interesó la organización social. Eran temas que de alguna forma incluían las dos cosas.

Cuando estuve en la rectoría me tocó escribir varias veces para sustentar algunas posiciones. Por ejemplo, hubo un intento de reformar la ley 30, y yo estaba totalmente de acuerdo con dicha reforma, pero existían problemas en la propuesta; entonces escribí una serie de columnas que señalaban qué era lo que me parecía equivocado en la propuesta. Después, cuando salí de la rectoría, pensé que era una buena cosa la posibilidad de difundir algunas ideas a veces relacionadas con ciencia: ciencia, sociedad y educación. Esto se volvió una rutina, y es un trabajo, pero le saco gusto.

Y lo hace bien. No en vano, a sus más de veinticinco premios y reconocimientos académicos se suma el Premio Simón Bolívar de Periodismo 2015, en la categoría Opinión y Análisis en Prensa. Ahí es cuando digo que usted es el científico del laboratorio que arranca la columna; citando a Borges.

Es que está menos separado de lo que la gente piensa. Conozco pocos científicos que sean el estereotipo ese que la gente pinta: un tipo encerrado, que únicamente

sabe de su trabajo y nada más. En general, la gente trata de vivir en el mundo, y si además de eso puede sacar datos que tengan implicación en el otro universo pues conviene hacerlo, porque eso genera interacción, interrelación.

Y el mundo en el que uno vive hoy es un mundo de redes sociales, y usted ahí también tiene un escenario para decir cosas.

Sí. Cuando salí de la rectoría (durante la rectoría yo no estaba en las redes) me metí en las redes. Estuve poco tiempo viendo cómo era que funcionaba eso; todavía no sé muy bien, pero más o menos viendo cómo funcionaba, y luego empecé a echar de vez en cuando opiniones. A veces le cuesta a uno un poco de coscorrónes, pero también es una forma de plantear opiniones. Me parece que ese es el lema, el que había comentado también y que he repetido en la Misión: “que si a uno le dan la oportunidad de decir algo pues tiene que decir algo, si se queda callado entonces después no tiene derecho a reclamar”.

Antes y durante su charla sobre la historia de la curiosa idea de progreso, con la que comenzó el tercer ciclo de la cátedra abierta “Saberes con sabor”, le oí decir que usted es un hombre optimista. ¿Hay razones para serlo?

Sí, hay muchas razones para ser optimista. Hay algunos que dicen que eso es absolutamente independiente de las razones y que uno es o no es, congénitamente. En la charla planteé algunos de los argumentos para ser optimista. La verdad es que, a pesar de todos los problemas, estamos mejor que antes.

Es decir, sí progresamos.

Progresamos realmente, y eso se puede medir de mil formas. No hay duda de que es mejor no tener esclavitud que tener esclavitud, por ejemplo.

Y hace muy pocos años, tomando en cuenta la escala humana, ni siquiera pensamos en la escala geológica, la esclavitud era una cosa absolutamente aceptable en

todo el mundo. Hoy en día no lo es, puede que haya algunos casos, pero son imperdonables.

A principios del siglo xx la edad de vida promedio estaba un poquito por encima de los treinta y pico de años en el mundo, y hoy está por encima de los setenta y pico; y es mejor vivir setenta y pico que treinta y pico. Hay muchas razones para pensar que progresamos, por supuesto que hay todavía muchos problemas, pero una de las cosas que me hacen optimista es ver cómo la especie humana se las ha arreglado para resolver la mayoría de los grandes problemas; también se ha medido en otros, pero se las ha arreglado para resolver los grandes.

No cabe duda, el suyo no es un optimismo de militancia sino el resultado de años de sopesar datos e incubar pensamientos, del trabajo riguroso del laboratorio, pero también de la mirada sensible sobre la vida del ser humano. Como cuando fue rector, Moisés Wasserman pasó por la Sede Medellín de la Universidad Nacional y nos dejó pensando.